

Hugo Bouter

VIVIR EN EL «ENTRETANTO»

Seguir y servir a Jesús en el tiempo de Su rechazo

Índice

Prólogo	3
1. ‘Gracias te doy, oh Padre’ (VM)	4
1.1. Dando gracias al Padre	4
1.2. Señor del cielo y de la tierra	5
1.3. Pareció bien a tu vista	5
2. El Hijo revela el nombre del Padre	8
2.1. Todas las cosas me han sido entregadas	8
2.2. El conocimiento del Padre y del Hijo	9
3. Seguimos a un Señor rechazado	10
3.1. Allegarnos a Cristo	10
3.2. David fue hecho jefe de ellos	11
4. ¿No habéis leído lo que hizo David?	13
4.1. La libertad con la que Cristo nos hizo libres	13
4.2. El alimento del santuario	14
4.3. La espada del santuario	15
5. Los cinco principios de la nueva dispensación	16
5.1. Un nuevo sacerdocio	16
5.2. Una nueva perspectiva: el descanso de Dios	17
5.3. Un templo nuevo para el servicio	17
5.4. Una nueva regla: mostrar misericordia	17
5.5. Otra gloria del Rey: Jesús es el Señor	18

Prólogo

¿Qué significa la expresión «vivir en el entretanto»¹? Pues bien, se refiere a que nosotros, cristianos, vivimos en el lapso que hay entre la venida de Cristo a la tierra en humillación y Su futuro retorno con poder y majestad². Implica vivir como extranjeros y advenedizos mientras seguimos al rechazado y crucificado Señor, a la vez que esperamos su gloriosa venida. El «entretanto», entonces, es el tiempo que ha de transcurrir entre el día de Pentecostés y la *parousia*; es decir, entre el descenso del Espíritu Santo para unir en un cuerpo a la Iglesia y la venida del Señor *por* su Iglesia, a lo que sucederá su aparecimiento en gloria *junto con* todos sus santos.

En el evangelio según Mateo, el Señor se presenta a sí mismo al pueblo de Israel como el Rey de la promesa. Lamentablemente, Él fue rechazado por su propio pueblo, como lo vemos con toda claridad a lo largo de dicho evangelio. En los capítulos 11 y 12 podemos observar el giro de los acontecimientos, lo cual queda de manifiesto cuando el Señor pronuncia los ayes sobre las ciudades de Galilea, que habían rehusado convertirse luego de escuchar la predicación de las buenas nuevas. El Señor sería tratado de la misma manera que Juan el Bautista, el heraldo del Rey, quien había sido encarcelado y muerto. El reino de los cielos sería a partir de ese momento una figura nueva y oculta durante el período en el cual el Señor mismo estaría ausente, “oculto” en el cielo (ver Mateo 13).

En estos capítulos encontramos dos veces la expresión “en aquel tiempo” (Mateo 11:25;12:1). Consideremos este breve pasaje (Mateo 11:25-12:8), en el que el Señor nos ofrece algunas instrucciones importantes en cuanto a dicha expresión:

- (a) La vida en el «entretanto», entre los dos advenimientos de Cristo, siendo Él aún rechazado.
- (b) Nuestras bendiciones presentes provienen del conocimiento del Padre y del Hijo.
- (c) El carácter de nuestro discipulado como seguidores de un Señor rechazado.
- (d) Los grandes principios de la nueva dispensación.

¹ En este folleto nos referimos al entretanto como el lapso entre la primera y la segunda venida de Cristo. Hay además otras cosas especiales en dicha dispensación, como el Espíritu Santo habitando en el creyente, el misterio de Cristo y la Iglesia, la verdad del arrebatamiento de los santos, entre otras. En el pasaje de Mateo 11 y 12, el Señor no menciona tales cosas, porque aún está antes de la cruz y del descenso del Espíritu Santo.

² Resultará útil para algunos lectores hacer ciertas aclaraciones: entre el arrebatamiento de los santos y el aparecimiento en gloria del Señor en poder y majestad —es decir, durante el período de la Tribulación— no habrá ningún verdadero cristiano sobre la tierra. Habrá santos que pasarán por la Gran Tribulación, pero no serán cristianos.

1. ‘Gracias te doy, oh Padre’ (VM)

Primeramente nos ocuparemos de la oración que el Señor pronunció “en aquel tiempo”, la cual hallamos al final del capítulo 11 de Mateo. Es digno de considerar que el Señor haya elevado sus acciones de gracias en un momento tan crucial.

“En aquel tiempo, respondió Jesús, dijo: Te alabo padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños. Si, Padre, porque así te agradó”.

Mateo 11:26-26

1.1. Dando gracias al Padre

El Señor había venido a su pueblo como el Rey prometido, pero (como hace constar Juan), los suyos no le recibieron. Por lo tanto, el Rey ya no podía establecer públicamente su reino en estos momentos. Desde ahora sería el *Sembrador*, aquel que sembraría la Palabra de Dios en el campo de este mundo (Mateo 13). Sólo al final del tiempo, en la segunda venida de Cristo, será establecido el Reino con poder y majestad. En aquel tiempo, Israel será el centro de este futuro Reino de paz, donde el Hijo del hombre se sentará en el trono de Su gloria (Mateo 25:31).

Sin embargo, el pasaje de Mateo 11, en el que vemos al Hijo elevando su oración de gracias al Padre, la gloria venidera del Señor todavía es un hecho muy lejano. En los versículos anteriores había pronunciado los ayes sobre las ciudades de Galilea en las que la mayoría de sus milagros habían sido llevados a cabo: Corazín, Betsaida y Capernaum. Estas ciudades no se convirtieron, aun cuando habían visto el poder del Reino de los cielos. Sin duda, el Señor se sintió decepcionado al ser incomprendido y rechazado como Mesías por su propio pueblo. No obstante, nada pudo perturbar su paz interior, todo lo puso en las manos del Padre reconociendo aquí que esas eran las manos más sabias.

El hecho de que los líderes de la nación, los «sabios y entendidos», no hayan querido poner sus ojos en la gloria de Cristo y que lo entregaran para ser crucificado era parte de los planes perfectos de Dios. Además, éste sería el camino por el que también llegaría la salvación a las naciones. Cristo, como Hijo del Dios viviente, edificaría su Iglesia (Mateo 16:16-18), ella se compondría de creyentes tanto de Israel como de las gentiles. Se manifestaría así a los “niños”, a aquellos creyentes que son como niños pequeños introducidos en la manifestación del Padre en la persona del Hijo. Juntos forman la nueva familia de rescatados, la familia de Dios, la Iglesia del Dios viviente.

Jesús mismo comienza con una alabanza: “Gracias te doy Padre”. Esta manera de expresarse del Señor viene a ser para nosotros una importante lección, la cual deberíamos aprender para cuando nos encontramos en situaciones difíciles. Usted quizá se pregunte en alguna ocasión: «¿Qué sentido tiene mi vida y mi trabajo? ¿Habrá alguien que me comprenda y me valore?» ¡Sí, si usted deposita su fe en la obra consumada de Cristo en la cruz, entonces podrá llamar Padre a Dios, y entonces sabrá que este Padre lo comprende de manera perfecta! Será entonces cuando usted también podrá unirse a la alabanza de nuestro Señor: “Gracias te doy Padre” (Mateo 11:25).

1.2. Señor del cielo y de la tierra

Nuestro Padre celestial sabe mejor que nadie lo que es bueno para nosotros. ¿No es el “Señor de los cielos y de la tierra”? ¿No tiene a todo el mundo en Sus manos? ¿No recorren Sus ojos toda la tierra? Esta descripción del Padre como “Señor del cielo y de la tierra”, nos recuerda lo que leemos en el primer libro de la Biblia sobre el encuentro de Abram con Melquisedec, un acontecimiento con un profundo significado profético. Dios en esa oportunidad se presentaba a sí mismo como el Creador (o Poseedor) del cielo y la tierra. El sacerdote Melquisedec se encontraba con Abram y lo bendecía, pronunciando las siguientes palabras: “Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra” (Génesis 14:18-20). Es el Dios Supremo que posee los cielos y la tierra. Es el “Señor de los cielos y la tierra”. Estos atributos de Dios serán vistos por todos al final de los tiempos.

No obstante, para nosotros como hijos de Dios Él es ahora, en primer lugar, nuestro *Padre*. Así lo podemos llamar porque el Hijo ha venido a la tierra para declarar y dar a conocer el nombre del Padre. Por la fe, podemos alabar su nombre, sí, *personalmente* podemos repetir con Cristo: “Gracias te doy Padre”. También podemos alabar *colectivamente* al Padre en la Asamblea de los redimidos. En algunas situaciones deberíamos decir con toda reverencia: “Sí, Padre, gracias te doy, porque así pareció bien a tu vista” (Mateo 11:26). Esta expresión no implica ninguna protesta, tampoco una forzada resignación, sino una consciente *aprobación* de su santa voluntad. Todo lo que nos pudiera sobrevenir, incluso las decepciones, pongámoslo en las manos del Padre. Es lo que Cristo ha querido enseñarnos, pues Él mismo hace participar a sus discípulos del conocimiento del Padre. Al Hijo le agrada revelarnos al Padre (Mateo 11:27).

Sólo hay una condición que el Señor nos propone: debemos ser Sus discípulos, Sus seguidores. Necesitamos estar a Sus pies y aprender de Él. Esto está muy bien ilustrado en la figura de “llevar su yugo”. Pues le reconoceremos como nuestro maravilloso Maestro y perfecto Guía, y andaremos junto con Él. Él es el único camino al Padre. Y andar junto con Él, cargando el yugo que nos ha propuesto, verdaderamente nos otorga el genuino descanso. No es un Maestro severo, porque su yugo es suave y ligera su carga.

1.3. Pareció bien a tu vista

Cristo fue las delicias del Padre, Aquel en quien halló todo su contentamiento. Lo fue como Hijo eterno, y también como Hombre aquí en la tierra. Dios halló en el Hijo su delicia ya desde antes de la fundación del mundo (Proverbios 8:30), y también cuando

después de hacerse hombre tomó forma de esclavo. En el evangelio de Mateo encontramos un doble testimonio de Dios Padre, y es que el Hijo, también como hombre fue el Amado, el que era sus delicias. Tanto al principio de su obra aquí en la tierra, como casi al final, se escuchó una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17; 17:5). En ambos capítulos se trataba de situaciones, en las que quedaba de manifiesto que *Él era diferente de los otros hombres* (como lo eran también el resto de los bautizados por Juan el Bautista, y hombres de Dios tales como Moisés y Elías). Esto fue necesario para indicar que Cristo era verdaderamente *único*. Además, en este evangelio es citado el testimonio de Isaías relacionado con el siervo de Dios. El Señor era el siervo elegido, el Amado, en quien Dios tuvo contentamiento (Mateo 12:18). Como el pueblo de Israel había fracasado en el servicio a Dios, entonces vino Cristo como el Siervo perfecto de Dios, para agradar y hacer la voluntad de Dios (ver Salmo 40:8).

Sin duda resulta sorprendente hallar tal expresión en Mateo 11:26. Es notable, porque en esta porción se trata *de las consecuencias del rechazo del Mesías*. Dios, no sólo sabía de antemano que su siervo sufriría y sería desechado por Israel y las naciones, sino que también, en el camino de sus sufrimientos, vendría a ser su pleno contentamiento. El rechazado Siervo de Jaweh, que en vano se esforzó para atraer a Jacob a Dios y reunir a Israel, será puesto como “*Luz de las naciones*” (Isaías 49:4-6). La salvación de Dios llegará hasta los confines de la tierra. Dios sintió placer extendiendo su salvación a todos los hombres, es decir, a todos los que estaban cargados y fatigados y que deseaban buscar refugio en el Hijo. Cristo, el Mesías desechado, vino a ser el centro y punto de atracción de todo aquel que quisiera reunirse junto con él. En la primera parte de Mateo 11 se nos muestra claramente que el Señor Jesús, así como Juan el Bautista, fue desechado por Israel. Por lo tanto, el Señor tuvo que pronunciar juicio sobre las ciudades en las que no cosechó ningún fruto por su trabajo. Sin embargo, como una prueba de la perfecta humanidad del Señor, aquí no hallamos ninguna señal de protesta en relación con el camino de rechazo y humillación que debió soportar. Por el contrario, se humilló y se sometió por completo a la voluntad del Padre ensalzándolo aun en medio de condiciones tan difíciles y desalentadoras (Mateo 11:25).

El Señor vino a lo suyo (es decir, al pueblo de Israel); pero debió constatar que los suyos no lo recibirían (Juan 1:11). Esto lo aceptó como proveniente de la voluntad del Padre y anduvo el camino del dolor para que la salvación de Dios llegara a *todos los pueblos y naciones*. Fue en “aquel tiempo”, a saber, en el tiempo en el que tuvo que pronunciar el “ay de ti” sobre las ciudades que no se habían convertido, que Él agradeció al Padre el haber escondido estas cosas a los sabios y entendidos de Israel a fin de revelárselas sólo a un residuo insignificante del pueblo (Mateo 11:25; 16:17). Aquellos que le recibieron, aquí son descritos como “hijitos”, que conocían al Padre y tenían el oído atento para las cosas que él les quería revelar. Esta nominalización implica, en primer lugar, que ellos tenían la **fe** de un niño y que eran nacidos de nuevo; en segundo lugar, nos habla de su propia posición de *humildad* y *pequeñez* frente a los poderosos dirigentes de la nación.

El Señor aceptó ser rechazado por su pueblo y como resultado de todo ello, el Reino prometido tuvo que ser aplazado por un tiempo. Esto no lo recibió de mano de los hombres que habían provocado dicho rechazo, sino de la mano del Padre. “Sí, Padre, porque así pareció bien a tu vista” (Mateo 11:26 VM). El plan de Dios sería consumado por medio de la cruz y de la resurrección. De esta manera serían puestos de manifiesto

los secretos de Dios: la Iglesia sería formada por creyentes de Israel y de las naciones. La Iglesia del Dios viviente sería edificada en el tiempo de la gracia sobre la roca de Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mateo 16:16-18; 1.^a Timoteo 3:15). El establecimiento del Reino es pospuesto en estos tiempos y adopta una forma oculta durante la ausencia del Rey, lo cual es descrito de manera más completa en Mateo 13. Nosotros no establecemos el Reinado por la fuerza, pues el mismo es de naturaleza *espiritual*; por lo tanto, los cristianos luchamos con armas *espirituales* (cf. Romanos 14:17; 2.^a Corintios 10:4) En un día futuro, cuando la Iglesia haya sido completada y llevada a la gloria, el Reinado de Cristo vendrá en poder y gloria. Entonces, el pueblo de Israel se arrepentirá y se postrará ante el Rey ungido que viene en el nombre del Señor (Mateo 23:39). Los planes de Dios son infalibles, y finalmente el Señor recibirá el honor que se merece, también de parte de su pueblo terrenal, Israel.

2. El Hijo revela el nombre del Padre

En este segundo capítulo observamos las importantes consecuencias del rechazo del Señor como el Rey prometido. El Hijo revela al *Padre* a todo aquel que por la fe viene a Él.

‘Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar’.

Mateo 11:27

2.1. Todas las cosas me han sido entregadas

El Señor pudo añadir aún algo más a su agradecimiento y es que *todas las cosas le han sido entregadas* por el Padre, aun cuando esto pueda parecer distinto en la realidad. El rechazo del Mesías por su pueblo, fue para Dios un motivo propicio para darle al Señor una gloria aún más grande. Esto queda confirmado en las palabras de Señor: “Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre” (Mateo 11:27). Cristo es, por el momento, rechazado como Rey sobre Sión; pero, como Hijo del hombre es glorificado a la derecha del Padre, es decir, *todas las cosas* son puestas bajo sus pies (ver citas del Salmo 8:6 en 1.^a Corintios 15:27, Efesios 1:22-23 y Hebreos 2:7-9).

En el evangelio de Juan es el *amor* del Padre para con el Hijo el motivo para hacer del Hijo el punto central de todas las cosas: “El Padre ama al Hijo, y todo lo ha entregado en su mano” (Juan 3:35). El pasaje de Mateo nos lo presenta del mismo modo, pues aquí se habla de las *delicias* del Padre, donde el Hijo es el objeto principal. Aquí vemos también algo sobre la relación íntima entre el Padre y el Hijo: “Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo” (Mateo 11:27). Afortunadamente, este versículo no se detiene con estas elevadas palabras, sino que continua: “...y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. Es cierto que Cristo fue rechazado como el Mesías que vino a su pueblo; sin embargo, ahora Él ha reunido un círculo de seguidores, de «hermanos», hijos del Padre.

¡Alabemos al Señor, pues gracias a su trabajo podemos conocer el *Nombre del Padre* y adorarle en espíritu y en verdad! En medio de su Iglesia, Cristo mismo eleva los cánticos de alabanza y conduce las acciones de gracias y la adoración al Padre (Hebreos 2:12). Él ya les había declarado a sus discípulos aquí en la tierra el Nombre del Padre (Juan 17:6,26); pero, después de su resurrección, ellos pueden comenzar realmente el

goce de esta nueva relación (Juan 20:17). Él es el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:29), la Cabeza de una nueva generación, de la familia de los hijos de Dios.

2.2. El conocimiento del Padre y del Hijo

De manera que Mateo 11 también nos muestra la obra del Hijo en el tiempo de su rechazo de parte de su pueblo terrenal. El tiempo mesiánico es pospuesto. El tiempo de alivio y restablecimiento de todas las cosas no comenzará antes del retorno de Cristo (Hechos 3:19,21). Hasta entonces, Dios ha preparado a su diestra, en el cielo, un lugar para el Rey rechazado y sus seguidores, quienes constituyen su pueblo *celestial*, pues ellos están unidos a su Señor en el cielo mediante el Espíritu Santo. Por este motivo, el Señor *no* se ocupará por un tiempo del período mesiánico, sino que la manifestación central será la del Padre en la persona del Hijo, la comunión entre el Padre y el Hijo, todo lo cual redundará en verdadera paz para el corazón. Como el Hijo revela al Padre a aquellos que están fatigados – pecadores que a Él vienen a confesar sus culpas – es posible una concreta y verdadera comunión con Dios. Nuestra comunión con el Padre y con el Hijo está basada en la posesión de la vida eterna, que es nuestra porción en el Hijo. Esto nos da verdadero gozo (1.ª Juan 1:1-4).

En el Antiguo Testamento, Dios moraba en la oscuridad, en lo oculto de su santuario. Aparecía tras el velo y nadie podía acercarse a Él, a excepción de Moisés y el sumo sacerdote Aarón, que sólo una vez al año podía penetrar en el lugar santísimo, y esto solamente en el gran día de la Expiación. Pero, en virtud del sufrimiento de Cristo, hay libre entrada hasta Dios en el santuario para todo aquel que cree. El velo ha sido rasgado, y la entrada al cielo está abierta (Hebreos 10:19-22). Conocemos a Dios como nuestro Padre en Cristo, quien nos predestinó para ser adoptados para Él (Efesios 1:5). Permanecemos ante Él santos y sin mancha en Cristo. Nos gozamos en los pensamientos de Dios y en su determinación de gracia y amor eterno. Tenemos comunión y conocemos el corazón del Padre. Tenemos comunión con el Hijo y participamos en el contentamiento que el Padre ha hallado en el Amado. El Padre nos ha dado al Hijo y a Él estamos inseparablemente unidos.

En el Antiguo Testamento, Dios había sido conocido como el Dios único. Pero, en el Nuevo Testamento Dios se revela a sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios se ha dado a conocer en lo esencial de su ser. El Hijo reveló al Padre durante su vida en la tierra y esta revelación prosigue desde el cielo por el trabajo del Espíritu Santo. No sólo fue el Rey de Israel, sino también *el Hijo del Padre*. Conocemos al Padre sólo porque conocemos al Hijo. Él es el camino: “Nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6).

Así encontramos descanso para nuestras almas: por medio de Cristo descansamos en el amor del Padre. Dios es nuestro Padre en y por Cristo, y, por eso, ahora somos hijos amados de Dios, hijos que seremos llevados a la gloria. Antes estábamos bajo el yugo de nuestros pecados, que era más pesado que el yugo de la ley que había pronunciado el juicio y la maldición de acuerdo a lo que merecían nuestras transgresiones. Pero Cristo nos redimió y libertó de la maldición de la ley. Al ser Sus seguidores, sólo necesitamos llevar Su *suave* yugo y *ligera* carga. Tenemos un cielo abierto en el horizonte, pues, Él ha ido delante de nosotros a preparar un lugar en la casa del Padre.

3. Seguimos a un Señor rechazado

En este tercer capítulo consideraremos otro aspecto de la vida en el «entre tanto»: seguimos a un Señor rechazado y compartimos Sus sufrimientos.

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”.

Mateo 11:28-30

3.1. Allegarnos a Cristo

El final de Mateo 11 muestra un precioso equilibrio entre la elección divina y la oferta de la gracia. Primeramente vemos la elección voluntaria del Hijo: “(...) aquel a quien el Hijo [esto es el Padre] lo *quiere* revelar” (cfr. cap. 2 de este escrito). No obstante, continúa la amable invitación a aquellas almas que cargan con sus pecados: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:27-28). La llamada de Cristo está dirigida a todos los que, trabajados y cansados, buscan paz para sus conciencias. Podemos llegarnos al Señor con la carga de nuestras culpas y pecados, con el peso de nuestras fatigas e inquietudes y poner todo esto a sus pies, pues Él llevó nuestros pecados sobre la cruz del Gólgota. Él hizo la *paz* mediante su sangre derramada en la cruz (Colosenses 1:20).

Cuando hemos hallado en Cristo la *paz* y el *reposo*, venimos a ser sus discípulos. Pertenece al Rey rechazado, caminamos con Él y tomamos Su yugo sobre nosotros. El lenguaje figurado de llevar el yugo proviene de la agricultura. El israelita no podía arar con animales desiguales (cfr. Deuteronomio 22:10; 2.^a Corintios 6:14). Esta enseñanza de Mateo 11 nos lleva a pensar en el hecho de que el discípulo debe caminar con su Maestro y debe ser igual a Él. Caminamos y aprendemos junto con Él bajo el mismo yugo, y participamos de Sus afrentas. Él es manso y humilde de corazón y espera el tiempo determinado por el Padre, cuando recibirá el reino que por derecho le pertenece. Nosotros esperamos con Él. No exigimos nuestros «derechos», sino que llevamos el yugo que el Maestro nos ha impuesto. Por lo cual, aún en las más difíciles circunstancias, hallamos descanso para nuestras almas y caminamos con Su paz en el corazón; pues su yugo es fácil y ligera su carga.

3.2. David fue hecho jefe de ellos

Con relación a esto, quisiera establecer algunos paralelos con el tiempo del rey David (cfr. 1.º Samuel 22:1-2). David pudo asumir el mando de su reino mucho tiempo después de haber sido ungido como rey por Samuel. En esto David es una figura de Cristo, quien recibió el *derecho* al trono pero el reinado todavía no es ejercido como un hecho visible. Cristo todavía es el Rechazado. El mundo lo ha despreciado y levantado en una cruz. Su propio pueblo lo ha rechazado. Los judíos no quisieron que Él reinara sobre ellos. Entretanto, Cristo ha sido exaltado por Dios y ahora está sentado a su diestra en el cielo, en un lugar por encima de todo principado, autoridad, poder, señorío y sobre todo nombre que se nombra (Efesios 1:20-22). Él es el Rey de reyes y Señor de señores: esta derecho ya lo posee ahora, pero la manifestación de este poder sólo será visible cuando Él vuelva (Apocalipsis 19:11-16).

El hecho de que David haya tenido que huir porque el tiempo de asumir su gobierno aún no había llegado fue el punto central de esta historia, ya que lo vemos como jefe de un grupo de fieles seguidores. Así también Cristo, aun rechazado, tiene a sus discípulos estrechamente unidos a Él. Cristo es el objeto central para todos aquellos elegidos que a Él se han allegado (Juan 12:32). Esto nos es presentado en el pasaje de 1.º Samuel 22, por medio del relato de lo que le acontecía a David. Sus propios hermanos se reunieron con él en la cueva de Adulam; pero también los afligidos, todos los que estaban endeudados y los que pasaban por angustias. En la primera categoría vemos la figura de aquellos que ya conocen al Señor y que por la obra de salvación son llamados sus «hermanos» (cfr. Salmo 22:23; Juan 20:17). El segundo grupo fue formado por aquellos que se vieron impulsados a acudir a David por necesidad. Aquí vemos a todos aquellos que escuchan el llamado del Salvador y aceptan su amable invitación: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Es muy notable que justo en el evangelio de Mateo, en el que Cristo es presentado como el Rey rechazado, Él sea presentado como el objeto central para todo aquel que a Él se allega. Tiene pues, a un pueblo que le sigue, y a esos seguidores les revela el *nombre del Padre*. Por el momento no se ocupa de sus derechos reales, sino que reúne a un pueblo sacado de Israel y de las naciones para darles a conocer el *nombre del Padre*: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27; ver también Juan 17:6,26). Este es el trabajo que actualmente, por gracia, es llevado a cabo por el Espíritu Santo que ha sido enviado a la tierra. El Espíritu nos muestra la gloria del Padre y del Hijo, y nos lleva unidos como familia de Dios alrededor de Cristo, nuestro Señor. Observamos en Mateo 18:20, que el Señor es el centro de sus seguidores, quienes se reúnen hacia Su nombre. Formamos un pueblo separado del mundo, una compañía celestial, una familia de sacerdotes. Descansamos en la presencia de Dios y nos inclinamos colectivamente en adoración ante Dios y el Cordero.

Así como David no sólo era el *centro* de atracción de los que le seguían, sino que además fue el *jefe* de ellos, de la misma manera Cristo no es solamente el *Centro* de sus seguidores, sino que también es el *Jefe* de todos aquellos que le pertenecen (Hebreos 12:2). Si estamos cerca de Él, partiremos siempre en Su nombre. El estar cerca de Él es un hecho previo fundamental que necesitamos para nuestra tarea como Sus enviados por el mundo. De los discípulos está escrito que Cristo los llamó para (1) estar cerca de Él, (2) porque los enviaría a predicar (Mateo 3:14). David había sido el líder, el general de

todo aquel que había buscado refugio cerca suyo. Así también Cristo, no sólo es el Salvador, sino también el *Maestro* y *Señor* de todos los que a Él se han acercado. Él tiene autoridad sobre nosotros y quiere conducirnos en la lucha que debemos realizar por causa de Su nombre. Los discípulos, quienes habían estado con Él, fueron luchadores valientes que ofrecieron un valioso testimonio a favor de su Señor. Sus propios enemigos debieron reconocer que ellos “habían estado con Jesús” (Hechos 4:13). La vida en presencia del Señor imprimió un claro sello sobre ellos haciéndolos idóneos para la lucha espiritual que debían emprender. Los seguidores de David también habían aprendido de *él*, y por eso dejaron de ser personas desalentadas para convertirse en auténticos *luchadores*. Así ocurre con todo aquel que se allega a Cristo con sus penas e inquietudes: como discípulos suyos, somos transformados a Su imagen y en nuestras luchas vamos de poder en poder. Formamos el «ejército» de Dios sobre la tierra, que es conducido por el glorificado Señor que ha vencido al poder del maligno, derrotándolo con su propia espada. Peleamos la lucha *espiritual* en el poder del Señor y alcanzamos la victoria para Su gloria, para honrar a Aquel que derrotó la muerte. Sí, somos más que vencedores porque Él nos ha amado (Romanos 8:37).

Observamos en las Escrituras que los héroes de David se unían a él, día tras día, a fin de ayudarlo, llegando a formar un gran ejército, el ejército de Dios (1.º Crónicas 12:22). Eran valientes como leones y rápidos como gacelas en las montañas. Se inclinaban ante la autoridad de David y le ayudaban a fin de que él pudiera llegar al trono (1.º Crónicas 11:10). Fueron los primeros que se pusieron bajo la autoridad de David, aunque su reinado sobre Israél todavía no había sido establecido. También fueron un instrumento útil a fin de que se alcanzara el reconocimiento de su autoridad en el pueblo de Dios y en los pueblos vecinos. Cuando esto lo aplicamos a nosotros mismos, entonces comprendemos que pertenecemos al ejército de valientes de Cristo, quienes, en el tiempo de Su rechazo, reconocen que el poder es sólo de Él y que la lucha ha de ser siempre para la gloria de Su nombre. Él quiere guiarnos como nuestro Señor, por medio de su Palabra y del Espíritu de Dios, aun cuando el tiempo de su señorío todavía no haya sido puesto de manifiesto. ¿Seguimos a nuestro Señor celestial?

4. ¿No habéis leído lo que hizo David?

En el cuarto capítulo consideraremos los *privilegios* que disfrutaban los creyentes por estar unidos a un Señor rechazado, quien tomó su lugar a la diestra del Padre en el cielo. David también gozó de privilegios especiales durante el tiempo de su rechazo. Es el ejemplo sobre el que deseamos reflexionar: “¿No habéis leído lo que hizo David?”

“Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre; cómo entró en la casa de Dios, y comió de los panes de la proposición, que no le era lícito comer ni a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes?”

Mateo 12:3-4

4.1. La libertad con la que Cristo nos hizo libres

¿Se podían recoger espigas en un día sábado? Los fariseos quisieron prohibir a los discípulos del Señor Jesús arrancar espigas del campo un sábado para comer; sin embargo, el Señor salió en defensa de este proceder indicando lo acontecido en la vida de David. Esto nos muestra en primer lugar de cuán grande estima era para el Señor el Antiguo Testamento. Siempre se dejó guiar en todo por la Palabra de Dios. Vivía de ella y la amaba, por lo cual deseaba compartirla con los demás. Y en esta oportunidad, recurría a la Escritura, como lo hizo en otras ocasiones: “¿No habéis leído?” En otras palabras: los fariseos deberían haber sabido estas cosas si hubieran leído mejor la Palabra de Dios. Un reproche parecido les hizo el apóstol Pablo a los creyentes en Galacia, pues ellos presentaban una tendencia hacia el legalismo: “los que queréis estar bajo la ley; ¿no habéis oído la ley?” (Gálatas 4:21). Ellos habrían sido guardados del legalismo si hubieran escuchado y leído de todo corazón las Escrituras. Los discípulos del Señor pueden vivir en la libertad con la que Cristo los liberó.

En segundo lugar, es importante tener en cuenta que el Señor es quien elige utilizar la figura de su antecesor, el rey David. Él trazó un paralelismo entre David y sus hombres por un lado, y Él mismo y sus discípulos por el otro. Y no se trataba de una coincidencia, pues en los capítulos anteriores Él había sido presentado como el Mesías rechazado (ver Mateo 11:16-25). De la misma manera, David había andado en un camino de desprecio y sufrimiento cuando huía de Saúl y buscó refugio en el santuario de Nob (cfr. Mateo 12:3-4; 1.º Samuel 21). Aunque David era el ungido de Dios, su camino hacia el trono era largo y difícil. El camino de David, plagado de luchas, es una

sorprendente figura del Siervo sufriente de Dios, Cristo; y en los que seguían a David tenemos un ejemplo de los discípulos de Cristo que caminan con Él por el camino del oprobio.

4.2. El alimento del santuario

David había cuidado de sus hombres, de la misma manera que Cristo cuida de aquellos que le pertenecen. David había entrado en la casa de Dios y comido de los panes de la proposición, los que compartió también con aquellos que lo acompañaban. Esta libertad de la que disfrutaban aquellos hombres del Antiguo Testamento, ilustra magníficamente la *libertad cristiana*, pues, el Señor nos otorga, aun en el tiempo de Su rechazo, un lugar en el santuario celestial. Allí nos es dada una posición y una porción sacerdotal. (cfr. Hebreos 10:19-22; 1.^a Pedro 2:5; Apocalipsis 1:6).

Lo que los hombres de David habían hecho en realidad era algo reservado para los sacerdotes. Cada sábado, los panes de la proposición era renovados en el tabernáculo, y los que ya habían estado durante una semana en el santuario, debían ser comidos por el sacerdote en un lugar santo (Levítico 24:5-9). Era la comida del *santuario*, comida *santa*. Los panes cubiertos con incienso limpio representaban a las doce tribus de Israel. Cuando Dios veía estos panes, pensaba en su pueblo y lo miraba favorablemente. Con ese mismo agrado ve Dios a todos sus hijos, pues ellos son santos y sin mancha ante Él, aceptos en el Amado (Efesios 1:3-6). Tal como la mesa portaba los panes de la proposición en el santuario, de la misma manera nos lleva Cristo como un pueblo celestial ante la faz de Dios. En él somos santos y permanecemos seguros, guardados como los amados hijos de Dios ¡Bendita verdad! Ahora bien, como sacerdocio santo, simbólicamente hablando, nos podemos alimentar con lo que hemos sido hechos en Cristo ante la faz de Dios, es decir, la persona del Hijo del Hombre que luego de ser rechazado en el mundo fue elevado por Dios a su diestra en el cielo.

Con este ejemplo, Cristo justificaba el proceder de sus discípulos. Eran libres para comer espigas un sábado, del mismo modo que los hombres que habían acompañado a David tenían libertad —posiblemente esto también ocurrió un sábado— para comer de los alimentos especiales del santuario. Existe una diferencia: las espigas no son un pan completo, aun cuando ellas constituyan la materia esencial. Las espigas nos hacen pensar de una manera especial en la *vida* que brotó con la muerte de Cristo, en el grano de trigo que cayó en tierra y murió (Juan 12:24-25). Él es las primicias de entre los muertos, y nosotros hemos resucitado *con Él* para vida eterna. Su vida es verdadera comida para nuestras almas y gozamos de la libertad —que la ley no podía dar y ni siquiera ofrecer— para alimentarnos espiritualmente con la nueva vida, la de Su resurrección.

4.3. La espada del santuario

David no sólo tomó el *alimento*, sino también un *arma* que había en el santuario: la espada del filisteo Goliat (1.º Samuel 21:9). Aunque el Señor no presente este hecho en el relato de Mateo 12, pienso que nosotros podremos enriquecernos con muchas enseñanzas a partir del relato de la permanencia de David en Nob. Pues en nuestra vida cristiana no necesitamos sólo alimento, sino también un arma para luchar contra el enemigo. Y esta arma es el arma del santuario, ¡un arma sin igual! Es el arma que ofrece una perfecta respuesta ante la exigencia de Dios de justicia y santidad. ¿De qué nos habla esta arma? Se trataba del trofeo de David, el arma que David le había sacado al gigante Goliat y con la que luego le daría muerte (1.º Samuel 17:51,54). Era el arma del filisteo, pero en lo sucesivo le pertenecería a David.

Tal fue el triunfo de Cristo sobre Satanás, quién *tenía* el poder sobre la muerte. Muerte y sepultura eran las armas de Su poderoso enemigo (Hebreos 2:14). ¿De qué manera le dio Cristo el golpe mortal? Lo hizo yendo Él mismo a la muerte y venciendo al diablo con el instrumento de su propio poder. Desde entonces, el poder de la muerte está en manos del Señor resucitado, quien tiene las llaves de la muerte y del Hades (Apocalipsis 1:18). Además de esto, podemos observar otra aplicación espiritual, y es que Cristo nos hace participar de los resultados de su triunfo, poniendo, por así decir, el arma en nuestras manos, y podemos sentirnos tal como los hombres de David, seguros al poseer esta arma incomparable. Llevamos pues, *la muerte* de Cristo en el cuerpo para que también *la vida* de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos (2.ª Corintios 4:10). Y ya que estamos muertos en Cristo, nuestros miembros terrenales también deben estar muertos y no bajo el poder de un enemigo siempre activo (Colosenses 3:5). Por un lado, tenemos necesidad de *alimentarnos* para mantener la nueva vida, pero, por otro, necesitamos un *arma* para matar los deseos de la carne. ¡Inmensa gracia, el verdadero David provee para estas dos importantes necesidades!

5. Los cinco principios de la nueva dispensación

En resumen, vemos en este último capítulo las ricas bendiciones que poseemos como cristianos; no obstante lo cual, también debemos considerar la gran responsabilidad que tenemos mientras vivimos en el «entretanto». Todo esto conforma los cinco principios de la nueva dispensación.

“¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanaban el día de reposo, y son sin culpa? Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí. Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes; porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo”.

Mateo 12:5-8

5.1. Un nuevo sacerdocio

Los ocho primeros versículos de Mateo 12, contienen cinco principios o reglas de conducta para nosotros como cristianos, a fin de que sepamos cómo debemos conducirnos en esta dispensación en la que el Señor es *rechazado* por el pueblo de Israel, tal como había ocurrido con su precursor, Juan el Bautista (véase la conexión con Mateo 11). De los mencionados principios, el primero ya ha sido tratado en el capítulo 4 de este folleto. Podemos resumir diciendo que Jesús y sus seguidores actúan como *sacerdotes* en el santuario celestial durante el tiempo de Su rechazo, tal como David y sus hombres habían entrado en la casa de Dios y comido los panes de la proposición (1.º Samuel 21:1-9; Mateo 12:3-4). En Mateo 12 leemos acerca de la alimentación con *espigas*, las que son figura del Señor en Su resurrección de entre los muertos (Juan 12:24; 1 Corintios 15:20-23).

Los creyentes, quienes pertenecen a la Iglesia, tienen una vocación celestial. Tenemos libertad para entrar en el santuario por la sangre de Jesús. También tenemos un gran Sacerdote sobre la casa de Dios. El santuario es nuestro «refugio» y allí, en la presencia de Dios, podemos alimentarnos de Cristo, el Señor resucitado y glorioso. Él es el alimento del santuario. Los panes de la proposición nos hablan también de la posición celestial de la Iglesia. Los doce panes simbolizan al pueblo de Dios, hecho aceptable en Cristo y llevado por Él ante la presencia de Dios.

5.2. Una nueva perspectiva: el descanso de Dios

En Mateo 12:5, vemos que el Señor insiste sobre el tema, como solemos decir, del «sacerdocio de todos los creyentes». Él compara de nuevo a los discípulos con los sacerdotes, quienes hacían el servicio en el santuario el día sábado. Éstos realizaban su trabajo y profanaban el sábado, sin embargo, eran inocentes. Después de todo, la voluntad de Dios consistía en que el día sábado se trajeran ofrendas especiales, por sobre todo el holocausto continuo (Números 28:9-10). El hecho de que los sacerdotes trabajaran los sábados, no era impedimento para que ellos cumplieran sus tareas. De la misma manera, también los discípulos del Señor eran *inocentes* cuando recogían espigas y las comían un sábado, siempre y cuando no actuaran en contra de *Sus* mandamientos.

Esto nos enseña que las leyes del sábado no son válidas en esta actual dispensación. Al principio del cristianismo se llevaron a cabo fuertes debates acerca de si los creyentes salidos del paganismo se debían someter a la ley de Moisés, pero entonces se reivindicó de una vez y para siempre la verdad en cuanto a que ellos *no* tenían porqué cargar con ese yugo (Hechos 15:1-29). Sin embargo, es necesario considerar otra aplicación. Para nosotros, el sábado viene a ser la figura de un nuevo día de reposo, pues al haber sido arrancados de nuestra vida de pecados, ahora podemos «reposar» al estar resucitados con Cristo en *novedad* de vida. El reposo de la *nueva creación* reemplaza al original sábado de reposo que había sido perturbado por el pecado. En segundo lugar, somos *sacerdotes* y, tal como aquellos podemos entrar en el santuario «el sábado», es decir, se nos permite ahora la entrada a la presencia de Dios por medio del Espíritu y en virtud a la perfecta obra de Cristo (Hebreos 4:8-11). Tenemos paz para *con* Dios y gozamos de la paz *de* Dios (Romanos 5:1; Filipenses 4:7). El descanso sabático que permanece para el pueblo de Dios es también una referencia profética del descanso que gozaremos durante el reinado milenial de Cristo.

5.3. Un templo nuevo para el servicio

El *tercer* principio es también de suma importancia. El servicio judío en el templo es reemplazado por el servicio cristiano, que no está sujeto a tiempos o lugares particulares. Adoramos al Padre en espíritu y en verdad (Juan 4:23-24). Podemos llevar *continuamente* ofrendas a Dios, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre (Hebreos 13:15).

Cristo lo podía decir de sí mismo, porque es Dios y Hombre al mismo tiempo: “Uno mayor que el templo está aquí” (Mateo 12:6). Él era más que *Salomón*, quien había edificado el templo (Mateo 12:42). Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Juan 2:21; Colosenses 2:9). El templo de Su cuerpo habla también de la *Iglesia*, que en esta dispensación es Su “cuerpo” sobre la tierra y morada de Dios en el Espíritu (Efesios 2:20-22). Esto reemplaza todo templo terrenal hecho de *manos* de hombres.

5.4. Una nueva regla: mostrar misericordia

El *cuarto* lema de la nueva dispensación es: “Misericordia quiero y no sacrificio” (Mateo 12:7a). El legalismo siempre conduce a condenar a los inocentes (Mateo 12:7b).

Sin embargo, todas las cosas son puras para los puros (Tito 1:15). Una postura condenatoria hacia los demás, casi siempre va paralela al ensalzamiento de los líderes de los sistemas religiosos establecidos. Esto lo podemos ver también en otras enseñanzas de los evangelios (cfr. Lucas 18:9-14).

Esta palabra del Señor sobre la necesidad de mostrar misericordia, es una cita del profeta Oseas: “Porque *misericordia* quiero y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos” (Oseas 6:6). El Señor también citaba este pasaje cuando llamó a Mateo, el recolector de impuestos (Mateo 9:13). El Señor no vino a buscar justos, sino a *pecadores*. Nosotros también debemos mostrar misericordia hacia aquellos que nos rodean, pues, todavía es tiempo de gracia. Podemos alimentar toda clase de formalismos exteriores y llevar nuestras ofrendas tal como lo hacía el judío religioso; sin embargo, estas cosas no tendrán valor para Dios, *si no las acompañamos con una actitud de verdadero amor, compasión y misericordia*.

5.5. Otra gloria del Rey: Jesús es el Señor

El Señor tiene una autoridad infinitamente mayor para hablar que la del legislador *Moisés*, quien había conducido al pueblo de Israel fuera de Egipto (cfr. Hebreos 3:3). Y estableció aún un quinto principio, que además es una *profecía*: Él es el Señor del sábado, “¡Jesús es el Señor!” Este es también el testimonio de los apóstoles en el libro de los Hechos (Hechos 2:36; 5:31; 10:36). El Hijo del Hombre es Señor del día de reposo, lo leemos en Mateo 12:8. Él establece cuál debe ser nuestra conducta como creyentes, y el detalle de estas instrucciones las hallamos en todo el resto del Nuevo Testamento.

El hecho de que el Hijo del Hombre sea *Señor del sábado*, es a la vez una referencia al Reino milenial, en el que “toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10-11). Cristo es Señor de todo y el Heredero de todas las cosas (Hechos 10:36; Efesios 1:22). En su segunda venida, el Señor aparecerá en toda su majestad, entonces será establecido un «sábado» definitivo de paz para el pueblo de Dios y para toda la Creación. ¡Qué gloriosa perspectiva!